

Los grafitis de mamá,  
ahora abuela

Toti Martínez de Lezea



erein

# Los grafitis de mamá, ahora abuela

Monólogo revisado y ampliado  
de un ama de casa  
de 60 años y... más

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

---

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: mayo 2017

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustraciones y diseño cubierta:

Estibalitz Jalón

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2017

ISBN: 978-84-9109-208-7

D. L.: SS-549/2017

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

Toti Martínez de Lezea

Los grafitis de mamá,  
ahora abuela

Monólogo revisado y ampliado  
de un ama de casa  
de 60 años y... más

*A las amas de casa,  
abuelas,  
madres,  
hijas,  
compañeras*

Hace más de diez años escribí *Los grafitis de mamá* (¡cómo pasa el tiempo, rediez!), cuya lectura, según me cuentan, hizo disfrutar a un buen número de lectoras, y también de lectores. Últimamente me preguntan por este texto humorístico sobre los avatares de una mujer “corriente”, ama de casa, sin trabajo fuera de ella. Se quejan algunas personas de que sea imposible encontrarlo puesto que, ya sabemos, las librerías tienen cada vez menos fondo debido a la falta de espacio o, quizás, a que lo que se vende es lo que sale nuevo, y mejor si va apadrinado por una gran editorial, ha ganado un premio de *glamour*, o lo ha escrito un político, futbolista, tertuliano/a de televisión o artista, o se lo han escrito, que es lo que suele ocurrir en la mayoría de los casos. Bien, pues se me ha ocurrido darle un repaso al “viejo”, ponerlo al día, vamos, y de ahí esta nueva edición revisada y ampliada de *Los grafitis de mamá, ahora abuela*.

**P**or fin sola! Voy a poder ducharme sin que nadie abra un grifo y el agua cambie súbitamente de temperatura y, además, voy a depilarme sin tener que salir del baño a media operación porque alguien quiere lavarse los dientes. Todo sea que llamen a la puerta de la calle, que no es la primera vez que ocurre, y tenga que ir a abrirla envuelta en ese albornoz del año de la cachipún, descolorido y con algún que otro hilo colgando. Un día de éstos me compraré uno nuevo, pero ya veremos porque, la verdad, tampoco es que lo utilice demasiado. El último lo compré hace un par de años y se lo regalé a Mirari, sin estrenar, porque ella no tenía ninguno. Por cierto, que también le regalé un jersey de rayas horizontales que a ella le está de cine y a mí me hacía cuadrada.

Pues mira, pensándolo mejor, en vez de una ducha voy a tomar un baño y le voy a echar el contenido del frasco que me regaló mi cuñada Lucía hace tropecientos navidades y que metí en el fondo del armario del cuarto de baño, porque no hacía más que estorbar. De hecho tengo

varios. A ver... dónde está... A veces pienso que me los regala porque antes alguien se los ha regalado a ella y no sabe qué hacer con ellos. Es muy persistente en su ecuación: Navidad igual a frasco de gel de baño. En fin, también yo le regalo lo mismo cada año: una poinsettia, de las pequeñas.

¿Qué decido, ducha o baño? Baño. Me lo merezco; me merezco un baño de espuma como esos que se dan en las películas, y no voy a poner velas encendidas porque es de día y porque tampoco tengo velas, ni sitio para colocarlas. Quedan muy bien en el cine, pero luego habrá que limpiar la cera que se queda pegada en las baldosas. Pondré música y cerraré los ojos. ¿Dónde diablos estará aquella *cassette* de Joan Baez que tanto me gustaba? Da igual, Bob Dylan servirá. Y ahora, adentro.

¡Cielos! ¡Qué placer, qué pérdida de tiempo y... de agua! Pero, mira, un día es un día, y hoy es mi cumpleaños. A ver si así se me pasa el dolor de espalda. Esto de levantarse de la cama con dolor de espalda es una lata; se supone que tendría que despertar fresca como una rosa. Tal vez sea el colchón, mejor dicho los colchones, el original de nuestra cama y el que pusimos encima cuando quitamos la cama de Jon y no sabíamos qué hacer con el suyo. ¡Con eso de que Manu no tira nada porque todo puede ser útil en algún momento! Un día voy a tirarle esas cajas llenas de papeles que tiene. No sé para qué le vale guardar los recibos de la luz de hace más de cuarenta años, y los de la renta del primer piso que tuvimos, y las placas que le hicieron



cuando era niño... ¡Y no hablemos de los periódicos, revistas, folletos y demás! Imagino que me sobreviviré porque mis suegros fueron ambos muy longevos, pero mucho me temo que le ocurra eso que aparece a veces en la prensa: “Anciano con síndrome de Diógenes encontrado muerto en su piso rodeado de toneladas de basura”. Pues eso es lo que le va a pasar como siga acumulando papeles a tutiplén. ¡Si, además, no se los va a poder llevar al otro barrio!

A lo mejor me pasa a mí lo que a la princesa del cuento, aquella a la que la reina hizo dormir encima de doce colchones bajo los que había colocado un guisante para comprobar si era de sangre real, y al día siguiente apareció llena de moratones. Lo de la “sangre real” tiene su coña. ¿Será cierto que es azul? Pues qué dentera. Aunque lo más probable es que lo mío se deba al acarreo durante años de la bolsa de la compra, de la botella de butano y los mil y un pesos que un día sí y otro también muevo de un lado para otro. Y ahora, además del dolor de espalda, tengo lumbago. ¡Lo que me costó ayer recoger el trapo de cocina que se me había caído al suelo! Menos mal que me siento un rato y se me pasa. Y mira que he probado de todo: cremas, almohadillas calientes, un poco de gimnasia... pero nada. Me vuelve el dolor en cuanto cojo un puchero lleno de alubias o me tiro una hora fregando los platos cuando viene la tribu a comer.

¿Qué edad tendrá Bob Dylan? Tiene que ser ya bastante viejo porque era mayor que yo cuando me emocionaba

con sus canciones protesta en los años sesenta. Me las sabía todas de memoria. ¿Qué será de aquella guitarra vieja que aprendí a rascar? Treinta y tres... treinta y tres... *¡Blowin' in the wiiiiind!* ¡Dios! ¡Qué años más estupendos! Claro que, ¿cómo no iban a ser estupendos si yo entonces tenía dieciséis o diecisiete años? Y aquella ropa... vestidos hasta los tobillos, blusas indias, túnicas y pantalones de pata de elefante que, por cierto, vuelven a estar de moda. Qué pena haberme deshecho de los que tenía, aunque ¿qué tonterías estoy diciendo? ¡No me entrarían más allá de las rodillas! Yo no soy, aunque me encantaría, como Felimari, que se tiñe el pelo de colores chillones, lleva faldas largas y chalecos de flecos e incluso una vez me la encontré por la calle con calcetines de rayas a colores. Le tengo una envidia... porque ella está a gusto consigo misma, no parece que vaya a cambiar y le importa un bledo lo que opine la gente.

*¡Blowin' in the wiiiiind!* Haz el amor y no la guerra... El amor con reparos, claro, sin pasar de un beso de tornillo y de algún manoseo que otro en la oscuridad del portal, que era lo más a lo que se podía llegar cuando había que estar en casa a las diez en punto de la noche. A los chicos se les pusieron los ojos a cuadros el otro día, cuando les dije que había fumado algún que otro porro en mis años mozos. Se me quedaron mirando como si estuvieran viendo un marciano. Y cómo se rieron cuando les dije que yo también iba a las manifas y corría delante de los "grises". ¡Se creerán que han inventado ellos el mundo! No pueden

imaginarse joven a su madre y, sin embargo, lo fui y lo soy. No envejece el cuerpo sino el espíritu y el mío está en plena forma. Creo que ni siquiera se imaginan a sus padres haciendo el amor, aunque, a decir verdad, yo tampoco me imagino a los míos en sus buenos tiempos, pero ¡de algún sitio salí, y de alguno han tenido que salir ellos! En fin, la juventud es una enfermedad que se cura con los años, todo es cuestión de esperar a que se quiten los granos.

Me alegro de que a Bob Dylan le dieran el Premio Nobel de Literatura, aunque muchos “expertos” literarios pusieron el grito en el cielo, como hicieron también algunos autores cuyos méritos están por verse y que, supongo, se consideran con más merecimientos. Servidora no es experta en nada, aparte de en los asuntos domésticos, pero, la verdad, este hombre es un magnífico poeta y las letras de sus canciones marcaron a toda una generación, la mía. También se lo habría dado a Leonard Cohen, ¡que mira que me gusta!

En fin, voy a depilarme las piernas antes de que se quede el agua fría. Siempre he querido hacer como en los anuncios de la tele. Cojo la maquinilla, levanto la pierna por encima de la espuma, y... ¡mierda! ¡Qué leche me he dado! Es que no lo he hecho bien. A lo mejor si pongo el pie encima del borde de la bañera... ¡mierda! Yo sí que voy a acabar como la princesa del guisante, pero ¡a golpes! Está visto que esto de hacer de modelo de publicidad no es lo mío. Y lo de la bañera tampoco. A ver si Manu se anima

de una vez y me pone un plato de ducha, que ya empezamos a tener una edad para no hacer equilibrios y, cualquier día, nos llevamos un susto.

Voy a lavarme el pelo con este champú de “rosas silvestres” que lo deja brillante y le da volumen, a ver si funciona, aunque lo dudo. Si todo lo que anuncian fuera cierto, no habría por la calle más que mujeres de mi edad: estupendas, delgadas, con melena hasta la cintura y sin una arruga. *Utilice esta crema y su rostro volverá a recuperar la tersura de su juventud...* Y nos colocan a una jovencita sin chicha ni limoná para demostrarnos lo eficaz que es la susodicha crema, ¡como si las maduras fuéramos tontas de capirote! Es como esas películas que echan en la tele en las que aparecen unas ingenieras, unas médicas o unas abogadas que son la repera de listas y de guapas, mientras los tíos son viejos y fofos, excepto el protagonista, claro, que siempre es un cachas. Y no digamos las policías que descubren a asesinos en serie y que aparecen en muchas novelas y telefilmes de lo que llaman el “género negro”. Todas jóvenes y de buen ver. Oye, ¡que hasta corren con tacones por los pedregales persiguiendo a los criminales! Si yo fuera capaz de escribir una novela de ese tipo, mi detective protagonista sería la panadera de la esquina, una mujer normal, talla 50, y sin teñir.

De todos modos, ya me gustaría a mí ver a la tía Elisa en el “antes” y el “después” de esas cremas de belleza milagrosas.

Qué guapa era... ¡Guapísima! Siempre tan bien vestida y tan bien peinada; con un cutis de geisha, perfecto. Sin embargo, nunca reía; todo lo más una sonrisa de vez en cuando. Según ama, era para que no le salieran arrugas. ¿Y de qué le sirvió? La última vez que la vi, hace ya tiempo, había cumplido los ochenta y la pobre parecía la momia de Tutankamón; con la cara llena de arrugas: en la frente, en las mejillas, en la barbilla e incluso en la nariz. Es la única persona que he conocido con arrugas en la nariz y, desde luego, no se le iban a quitar ni aunque se metiera en una bañera llena de crema supermaravillosa, superguay, superrejuvenecedora de las que anuncian en la tele. Toda la vida como una estatua para acabar así, ¡qué pérdida de buenos momentos y de buenas risas!

Jabón, agua y aceite era la receta de mi abuela para mantenerse joven y también, creo yo, el optimismo, la risa a flor de los labios, la sonrisa que iluminaba su preciosa cara de abuela de cuentos, con una piel de melocotón que daba gusto besar. Igual que mi madre, que está estupenda con sus casi cien años y siempre dice que durante toda su vida ha procurado no mezclarse con gente envidiosa y no ha añorado nunca lo que otros tenían, ni se ha quejado por lo que no tenía. Ésa es la única receta mágica, dice, para estar guapa por fuera, y por dentro.

Lo de la envidia es que es como la octava plaga de Egipto. Cuando era joven no me daba cuenta, aunque ama ya me decía que no me fiara de las que se llamaban

amigas y aprovechaban la menor oportunidad para quitarte el novio. La verdad es que tampoco le di a nadie la oportunidad de quitarme al Manu... ¡Bien guardado que me lo tuve! Y ahí lo tengo, tan guapo, o casi, como cuando nos casamos. Ahora, sin embargo, veo, palpo la envidia y hago como mi madre, evito tratar con esas personas que nunca son felices porque siempre anhelan lo que tienen los demás, aunque ellas posean mucho más. Como esa señora, por llamarla de alguna manera, que se pone verde amarillenta cada vez que nos cruzamos en la calle, y eso que yo no le he hecho nunca nada. Antes hablábamos, y siempre me preguntaba por mis hijos y, cuando le decía que estaban los cuatro bien, que eran felices, soltaba un “Bueno, todo se irá...” como si deseara que les ocurriera algo malo. Ya no nos hablamos, desde el día en que me levantó la voz, y yo se la levanté más alto. Es de esas personas que creen que por gritar tienen razón, hasta que se encuentran con alguien que grita más fuerte que ellas, y se achantan. Qué triste...

Ya dice ama que “hasta los treinta tienes la cara que Dios te ha dado; hasta los sesenta la que la vida te ha dado, alegrías y disgustos; y a partir de los sesenta la que te has ganado”. Está claro que ésa y otras como ella se han ganado la cara de mala uva que tienen.

¡Tengo espuma hasta en las cejas! Voy a quitar el tapón y a esperar a que se vaya el agua y, mientras, me aclararé con la ducha. ¡Vaya éxito! Para eso podría haberme evitado

